

F1011

042

042

09056

OSCAR IVANISSEVICH

FUNDAMENTOS ACTUALES
DE LA
EDUCACION ARGENTINA

*Conferencia pronunciada el 26 de octubre
de 1965*

BUENOS AIRES
1965

Inv	009056
SIG	Foll 012
UB	1

FUNDAMENTOS ACTUALES
DE LA
EDUCACION ARGENTINA

*Conferencia pronunciada el 26 de octubre
de 1965*

Ej¹

04533

FUNDAMENTOS ACTUALES DE LA EDUCACION

Como decíamos ayer: empecemos por el principio.

No confundamos educación con instrucción. La palabra educación ha sido más afortunada, y, en el lenguaje común, comprende a la educación propiamente dicha y a la instrucción; pero la educación es lo fundamental, la instrucción es complementaria. En la escala descendente de los valores, las cosas son en la vida: indispensables, necesarias o convenientes. La educación es indispensable para la convivencia; la instrucción es necesaria para el progreso.

La educación debe empezar antes de que se adquiera la conciencia de ser. La instrucción sólo puede iniciarse cuando el niño entiende y contesta con reacciones o con palabras.

Educar es extraer desde el fondo de la persona humana los tesoros inmensos que Dios puso en nosotros, conjuntamente con la capacidad de perfección, para alcanzar los dones más elevados de que habla San Pablo. Instruir es transmitir informaciones, conocimientos que los sentidos perciben, la conciencia capta y la memoria conserva.

Educar, en cambio, es llegar hasta lo más profundo del ser, hasta lo inconsciente, para provocar en él reacciones, producir hábitos, modificar los instintos y dominar las pasiones desbordadas.

La educación fue siempre indispensable para la convivencia y, se hace cada día más indispensable dado el ritmo veloz de la vida actual.

La educación debería iniciarse en el seno materno. Por eso dijo Goethe: "Los niños nacerían educados si los padres fueran educados". La educación y la instrucción deben correr parejas en la pedagogía moderna que debe mirar lejos, muy lejos, anticipándose a la experiencia.

El hogar es la primera escuela, primerísima escuela, indispensable e insustituible. La madre más elemental, más ignorante, más primitiva es capaz de educar, teniendo como única guía su amor y su intuición. La escuela debería ser la prolongación del hogar y, debería sustituirlo cuando él falta. Lejos estamos de ese ideal, pero hay que tender a él. La vida no ha sido dada para alcanzar el ideal, pero sí para perseguirlo.

La primera meta de la escuela común puede concretarse en la vieja expresión de Spencer: "Eres educado si puedes hacer lo que debes, quieras o no quieras".

Afirmamos que el hombre es un arco tendido entre la tierra, que es su origen, y el cielo, que es su meta. En ese arco caben todas las posibilidades de perfección que la educación y la instrucción propician y encausan. Nos oponemos de este modo al pensamiento destructor de los existencialistas ateos, que no reconocen en el hombre su origen divino. Dicen los existencialistas: "la existencia es punto de partida, realidad primera, precede a la esencia. Existimos porque hemos sido arrojados al mundo. Un mundo sin sentido, en el que nuestra vida tampoco tiene sentido ni razón. De allí nace la angustia, la angustia de hallarnos en un mundo sin sentido. Por eso mismo somos libertad absoluta, por carecer de

esencia. Nuestra existencia, vacía de esencia, coincide con la libertad, es decir, con la capacidad de poder ser. Nuestra responsabilidad es construir nuestra esencia. Viviendo, vamos creando la esencia, pero como nacimos para morir, nuestra existencia sin esencia inicial concluirá en esencia sin existencia. Somos, como todos los seres vivos, seres para la muerte. Pretendemos ser y tenemos que morir. Por otra parte, como no contamos con esencia dada, nosotros somos jueces supremos de la moral: elegimos libremente desde cero”.

En la interpretación existencialista de la vida cada uno decide qué es lo bueno y qué es lo malo, lo mismo que los asaltantes de San Fernando.

Estas afirmaciones de los existencialistas no resisten al más elemental de los análisis y, menos aún, al peso de la experiencia universal. Sin embargo, dentro de su pesimismo aplastante, dan al hombre común una idea optimista: con esfuerzo, con trabajo, con estudio, es posible llegar a ser genio. Ya alguieu dijo, anticipándose a los existencialistas: “El genio no es sino una larga paciencia”. Error, profundo error, ¡gravísimo error!

Optimistas en cuanto a la capacidad de perfección, los existencialistas pregonan la inutilidad de todo esfuerzo, porque cuando hayamos logrado la *esencia*, seremos *esencia* sin existencia. Para los existencialistas ateos no hay más allá, no hay trascendencia, no hay vida eterna; la muerte física es el fin último, absoluto. Para nosotros, los creyentes, se abre, en cambio, el inmenso horizonte del más allá. La fe que nos ilumina alienta nuestras vidas. “La fe es creer en lo que no vemos, para ver después aquello en lo que creemos”. La fe es la libertad absoluta porque escapa a las imperfecciones de lo humano; quien conoce a Dios no sufre angustias.

Para los existencialistas el hombre nace hoy como quería Hobbes en el siglo XVII. Según Hobbes, el hombre nace como un papel en blanco en el que se puede escribir todo lo que se quiera. No hay nada innato en él, salvo la capacidad de recibir estímulos, reaccionar ante ellos y desear placer.

Aunque fuera así, habría que aceptar capacidades diferentes para captar estímulos y para reaccionar ante ellos. Reconoceríamos de hecho algo innato anterior a la existencia, es decir, al nacimiento, misteriosas inclinaciones de la herencia.

La experiencia universal dice bien claro que el hombre no nace como un papel en blanco. *El hombre nace como una película en la que está ya impresa una imagen inaparente o latente*, que se pondrá en evidencia, precoz o tardíamente, cualquiera sea la educación y la instrucción que reciba. La vida demuestra palmariamente este hecho entre los que recibieron la mejor educación y los que no recibieron ninguna. Se evidencia, también, en los hogares con muchos hijos, en los que, educados con los mismos principios e iguales directivas, los hermanos suelen ser muy diferentes.

La imagen latente o inaparente se pone en evidencia en la infancia, en la adolescencia, en la edad adulta o en la declinación final. Esa imagen latente o de líneas muy tenues es la *esencia*, con la que llegamos al mundo y que debemos a alguien. Se nos dio a cada uno especialmente, no como hombre genérico, sino como individuo singular. No nacemos, entonces, como cuerpo con esencia animal, nacemos como cuerpo con esencia congénita que la educación y la instrucción podrán modificar, en bien o en mal. La esencia nos es dada por nuestros padres, formados a su vez por el señor de la

vida. ¿Quién sino Dios puso en Aristóteles, en Platón, en Galileo, en Newton, en Miguel Angel, en Rodín, en Pasteur o en Lincoln la esencia que les sirvió de lumbré?. Es bien sabido que ninguno de ellos recibió su esencia en colegios ni universidades. ¿Quién sino Dios hace surgir en un rosedal un solo ejemplar que se destaca sobre todos los otros y que ningún hombre puede reproducir? Para ese ejemplar único, para esa rosa maravillosa, Dios se reserva el misterio de su jerarquía.

Llegamos así, sin querer, pero afirmándolo sin miedo, a la doctrina de la predestinación, que surge clara en la expresión Sanmartiniana: "Serás lo que debes ser o si no no serás nada". *Lo que debes ser* nos viene impuesto en lo físico y en lo intelectual por la herencia. Es la imagen inaparente que trae en sí la película antes de ser revelada. Después, la educación, la instrucción, el ambiente, las circunstancias influirán sobre esa imagen inaparente e innata.

Así, a primera vista, esta concepción de la vida puede parecer pesimista. Parece entregarnos a la fatalidad. Ella expresa, sin embargo, la realidad misma, *sin negar los caminos de perfección que la educación construye*.

Hemos dicho que la esencia es anterior al nacimiento. Nos apoyamos en la experiencia histórica que nos dice que hasta hoy, sobre unos 15.000 millones de hombres que nacieron y murieron en nuestro planeta, sólo 5.000 llegaron con la inteligencia de los privilegiados, de los elegidos. Ellos, sin colegios ni universidades, anticiparon los principios de la ciencia y de la moral. Entre los nuestros, las biografías de San Martín y de Belgrano nos muestran que la instrucción que recibieron poco agregó a la esencia con la que llegaron al mundo. Llegaron con esa esencia que perfeccionaron

luchando por el ideal que nació con ellos. "Lo que natura no da Salamanca no presta".

Es evidente que la imagen inaparente de la película humana existe al nacer y marca el futuro del hombre. Lo comprobamos en la vida diaria a poco que se ahonde en el estudio de las vocaciones. Todos sabemos con qué frecuencia fracasan en su intento los padres que quieren orientar a su hijo hacia metas distintas de las que su vocación le señala. Sobran los ejemplos y, lo comprobamos en nuestros propios hijos, en los nietos, y en los de nuestros amigos más cercanos. La esencia congénita surge en la vida de los elegidos y de los no elegidos, en el genio y en el hombre común.

La educación y la instrucción deben partir así de esta base fundamental para no equivocarse el camino. A la altura de nuestros conocimientos, de nuestra evolución social y económica, hay que mirar hacia el futuro, hacia los veinte años próximos, y aún más lejos, para decidir cuál debe ser el programa que mejor prepare a nuestros biznietos.

Hace ya 18 años que proyectamos bases y metas para la escuela argentina, que aún hoy tienen valor. Bases elementales, pero fundamentales, dejando amplio espacio libre para que cada estudiante desarrollara sus propias aptitudes y afinidades. No atiborrarlos de informaciones y deberes que ocupaban todo su tiempo, el de sus padres, hermanos mayores y maestros auxiliares. Así se falseaba la educación y se conducía al fracaso, al agotamiento o a la neurosis al mayor número. Se pretendía que todos fuesen sabios, millonarios o campeones, cuando no ángeles, santos o semidioses, cosa estadísticamente imposible. Ya sabemos cuál es el cálculo de probabilidades: 5.000 en 15.000 millones estos es, uno en tres

millones puede ser el elegido. Esa es la realidad. Los educamos para que sean todos triunfadores, sabiendo que eso es también imposible.

La educación de la mayoría exige un curriculum que no torture al estudiante, que le deje espacio para pensar, para jugar, para oír música, para disfrutar del sol y de la contemplación de la naturaleza. Sobre un cimiento sólido de idioma, matemáticas y biología, el estudiante construirá el edificio que corresponda a sus apetencias y calidades. Nada de enciclopedismos falsos.

A los maestros y profesores hay que prepararlos para los nuevos programas, pero asegurándoles antes la retribución que cuadra a su dignidad y a su jerarquía. Es una verdad que no necesita demostración, que los *maestros y profesores son los que aceleran e incrementan la riqueza de un país*, pero no sólo la riqueza espiritual, muy especialmente la riqueza material. Es indispensable, entonces, darles a los maestros y profesores la jerarquía económica que ellos merecen. En la sociedad actual, los niños y los maestros deben ser los únicos privilegiados.

¿Cuál ha de ser ahora la meta que debemos fijar a la educación de los argentinos? Según la Constitución, el fundamento de nuestra acción es: *constituir la unión nacional, afianzar la justicia, proveer a la defensa común, promover el bienestar general y asegurar los beneficios de la libertad*. El ideal del bienestar, es decir la vida holgada o abastecida ya ha sido superado. Ahora la mayoría no sólo quiere bienestar, quiere que el Estado sea benefactor, que el Estado lo asista desde el nacimiento hasta la muerte, y, aún después de la muerte. Y esto que quiere la mayoría es cosa muy seria, porque según los más autorizados sociólogos y políticos, el poder de

las masas es decisivo y *debe ser decisivo* en un estado democrático.

Promover el bienestar que propone la Constitución, ¿qué es? ¿Es dar al pueblo lo que el pueblo quiera, lo que él cree que quiere o lo que deba tener porque se lo haya ganado? David Thompson, catedrático de Cambridge, ha dicho: "El estado benefactor tiene por objeto fomentar lo que la comunidad entiende por bueno y benéfico". Así, si la mayoría entiende que la ruleta, los partidos de football, las carreras de caballos, el póker, la canasta, el truco, el cinematógrafo, la televisión, la radio y la pesca en la costanera es lo mejor para el pueblo, eso debe dársele al pueblo. La verdad es que si comparamos los públicos que concurren a las bibliotecas y a los partidos de football, Thompson y los sociólogos tienen razón: "vox populi, vox dei".

A esta distorsión agregamos que recientemente, según un cable de Roma, se ha reunido en las Termas de San Pellegrino un congreso de niños de 9 a 14 años que ha tratado muy seriamente los problemas de adolescencia con relación a la educación, al tiempo libre, al cine, al deporte, publicidad, radio, televisión, etcétera. En este congreso, presidido por un niño de 12 años, se hizo notar que los adultos padecían de un cierto grado de atrofia en la comprensión de los adolescentes; que la escuela activa era la mejor, y que habría que aumentar los días de descanso y las horas dedicadas al deporte. Se hace evidente, una vez más, que *cuando la autoridad legítima abandona el comando*, alguien se hace cargo de él, tenga o no tenga capacidad para hacerlo. Esto es el caos. Los colegiales y los estudiantes dirigiendo las escuelas y las universidades. Así, se entroniza y acentúa el caos. ¿Qué es sino el caos, el actual co-gobierno

las masas es decisivo y *debe ser decisivo* en un estado democrático.

Promover el bienestar que propone la Constitución, ¿qué es? ¿Es dar al pueblo lo que el pueblo quiera, lo que él cree que quiere o lo que deba tener porque se lo haya ganado? David Thompson, catedrático de Cambridge, ha dicho: "El estado benefactor tiene por objeto fomentar lo que la comunidad entiende por bueno y benéfico". Así, si la mayoría entiende que la ruleta, los partidos de football, las carreras de caballos, el póker, la canasta, el truco, el cinematógrafo, la televisión, la radio y la pesca en la costanera es lo mejor para el pueblo, eso debe dársele al pueblo. La verdad es que si comparamos los públicos que concurren a las bibliotecas y a los partidos de football, Thompson y los sociólogos tienen razón: "vox populi, vox dei".

A esta distorsión agregamos que recientemente, según un cable de Roma, se ha reunido en las Termas de San Pellegrino un congreso de niños de 9 a 14 años que ha tratado muy seriamente los problemas de adolescencia con relación a la educación, al tiempo libre, al cine, al deporte, publicidad, radio, televisión, etcétera. En este congreso, presidido por un niño de 12 años, se hizo notar que los adultos padecían de un cierto grado de atrofia en la comprensión de los adolescentes; que la escuela activa era la mejor, y que habría que aumentar los días de descanso y las horas dedicadas al deporte. Se hace evidente, una vez más, que *cuando la autoridad legítima abandona el comando*, alguien se hace cargo de él, tenga o no tenga capacidad para hacerlo. Esto es el caos. Los colegiales y los estudiantes dirigiendo las escuelas y las universidades. Así, se entroniza y acentúa el caos. ¿Qué es sino el caos, el actual co-gobierno

estudiantil? El comité político transportado a la universidad con toda su consecuencia disgregadora. En ninguna universidad responsable del mundo hay cogobierno. Con razón una señora amiga me decía: "¡Qué suertel Yo pude educar a mis hijos antes de que se inventara *esto de la adolescencia*". Y otro señor me dijo un día: "Antes de casarme yo ya tenía siete métodos para educar a mis hijos. Ahora tengo siete hijos y ningún método para educarlos". Dentro de esta misma distorsión de la verdad, conviene recordar que en Estados Unidos, al implantarse el nuevo sistema educativo del "núcleo básico" que comprende la totalidad de las actividades humanas uno de los alumnos dijo: ¿Qué democracia es esta? Nos obligan a ir a la escuela, nos obligan a aprender, nos obligan a dar examen, nos obligan a quedarnos quietos. ¡Valiente democracial...!

La experiencia del "núcleo básico", que comenzó en Estados Unidos en 1933, es decir hace 32 años, se ha extendido lentamente pero con firmeza. Se propaga ahora porque los apasionantes problemas sociales y económicos no se tratan en las escuelas tradicionales con la profundidad y urgencia que nuestra época exige. El programa del "núcleo básico" no se expresa en materias o asignaturas, reúne en sí todas las actividades y problemas de la vida a los que se agregan referencias históricas, geográficas y de orden contable. El curriculum se concreta así: primero, preservar la salud y la vida, segundo, formar y dirigir el hogar; tercero, conservar y mejorar las condiciones materiales; cuarto, cooperar en la acción social y cívica; quinto, ganar el sustento; sexto, instruirse; séptimo, expresar el sentimiento religioso; octavo, expresar el sentimiento estético y, noveno, recrearse.

Esto es, en síntesis, poner a los niños y jóvenes ante la vida y hacerlos cada día más responsables. Que aprendan a convivir en la colmena humana, es decir, que adquieran conciencia social y responsabilidad.

Para esto, para el "núcleo básico", hacen falta maestros y profesores formados en el profundo conocimiento del mundo actual y de sus problemas futuros. Es evidente que ya no podemos seguir transmitiendo la herencia cultural del pasado, hay que ordenar los planes de estudios para que se desarrolle en los jóvenes y en los adultos la comprensión, la capacidad y la decidida voluntad de crear un género de vida que permita el progreso de toda la raza humana. La educación debe ser creadora, activa, integral. Mostrando a los alumnos la realidad misma de la vida, estimulando su vocación o despertándola, favoreciendo sus inclinaciones, sus apetencias y mostrándole también sus limitaciones. Que cada uno comprenda la finitud que le ha sido impuesta y que sepa reconocer las cualidades con las que está equipado. Que cada uno debe comprender que, aunque no se pueda explicar la razón de las diferencias e insuficiencias personales, *cada uno debe aceptarse a sí mismo* y promover su acción en el plano en el que la naturaleza lo ha colocado. Perfeccionar sus valores morales y sus fuerzas intelectuales sin pretender transformar un enano en un gigante. Esfuerzo inútil.

La educación no puede formar personas iguales con seres desiguales. La educación solo puede estimular lo que cada uno tiene en sí mismo.

Estamos viviendo en el año 1965, a 196 años de la Revolución Francesa, a 47 años de la revolución rusa y a 20 años de la revolución argentina que, sin terror y sin sangre, dio al país la oportunidad de implantar la

doctrina social cristiana como fundamento de la convivencia. *Es por ello y no por otra cosa por lo que el pueblo clama.*

Vivimos en un mundo en el que, gracias a esas revoluciones, a los avances de la ciencia y de la técnica, ya quedan pocas posesiones coloniales y pocos privilegios vigentes.

Por otra parte, los países que han logrado su independencia están estudiando muy lentamente la lección de la interdependencia. Fue difícil obtener la independencia de cada uno de los países y, en especial, la nuestra. Ahora nos toca aprender la lección de la interdependencia para llegar así a la anatomía de la paz.

En esa interdependencia juegan aún factores supranacionales, entre los cuales el veto en las Naciones Unidas es una verdadera aberración.

Vivimos la era más revolucionaria de la historia. Asistimos a cinco revoluciones simultáneas: revolución política, revolución económica, revolución biológica, revolución científica y revolución religiosa.

En efecto, políticamente oscilamos hoy entre tiranías sangrientas, tiranías moderadas, democracias orgánicas y, democracias inorgánicas; esta es la revolución política.

Económicamente, todas las nuevas naciones independientes quieren disfrutar ampliamente de los beneficios de la libertad y del bienestar de los países más evolucionados. Quieren aviones a reacción, automóviles, radios, televisión, cinematógrafos, lavarropas, heladerías y batidoras. Y, no sólo los quieren, los quieren ahora mismo y gratis, sin haber logrado la productividad conveniente para alcanzarlos, ni la técnica suficiente para mantenerlos en uso; esta es la revolución económica.

•

Todo esto ocurre mientras el caudal demográfico, es decir, la población, gracias a un conjunto de medidas higiénicas, aumenta en verdadera explosión demográfica; esta es la revolución biológica.

Al mismo tiempo, la energía atómica, los aviones supersónicos, los proyectiles intercontinentales, los satélites, los astronautas en sus cápsulas, y fuera de ellas, los rayos Laser y todas las formas de intercomunicación, han reducido relativamente el tamaño de la esfera terrestre y la han hecho más insegura. Ningún país puede decirse hoy que está lejano. Millones de personas están hoy a merced de un solo hombre, de una sola bomba atómica; esta es la revolución científica.

Ante la difusión del ateísmo destructor, todos los creyentes de la tierra, dirigidos por el Papa en marcha, tratan de unirse en una cruzada de amor y de paz; esta es la revolución religiosa, que hace frente al materialismo dialéctico animalizante.

En medio de un inmenso progreso aparente, que aumenta el orgullo y la soberbia del hombre, éste vive perdido todavía entre dos misterios: el misterio de lo infinitamente grande y el misterio de lo infinitamente pequeño.

Y bien, señoras y señores; en este mundo, empequeñecido e intercomunicado al minuto, viven 3.000 millones de seres. De esos 3.000 millones, 1.500 millones, es decir, la mitad de la población del mundo, muere antes de los 30 años por carecer de alimentos y de asistencia; 1.000 millones, mueren antes de los 50 años por déficit alimenticio y servicios médicos insuficientes. Solamente 500 millones viven hasta los 70 años. Es el término medio que nos toca a nosotros: 70 años para los hombres y 72 para las mujeres.

En total, 2.500 millones sufren hambre y enfermedades curables, y solamente 500 millones disfrutan de los beneficios de una alimentación equilibrada y de asistencia médica eficaz.

Estas cifras no las he inventado yo, son cifras tomadas de la FAO, Food Administration Organization; de la O. M. S., Organización Mundial de la Salud y del libro de Fourastié. Ellas dan idea exacta del panorama mundial, que no quedaría completo si no recordáramos algunos datos complementarios que demuestran la gravedad del problema humano. Un hombre necesita para vivir y satisfacer todas sus necesidades una hectárea de tierra cultivable. Hay en la esfera terrestre solamente 3.000 millones de hectáreas cultivables y ya hay 3.000 millones de hombres. Ya hemos llegado a la saturación y la población aumenta, además, a razón de 60 millones por año. Nos amenaza el hambre. Y digo *nos amenaza*, porque en este mundo empequeñecido ya no podemos hacer gestos de indiferencia por lo que ocurre en otros países, todos somos materialmente interdependientes, y como cristianos nos agobia la responsabilidad moral. No sólo debemos conocer la realidad que acabo de exponer, sino prepararnos, material y moralmente, para contribuir a la solución de un mundo en escasez; un mundo en el que *cinco sextos* de la población sufre hambre y males físicos curables; un mundo en el que faltan alimentos, viviendas, vestidos, libros, maestros, sacerdotes, iglesias, médicos y, sobre todo, *falta conciencia social cristiana*.

Esta tremenda escasez la sufre, directa o indirectamente, toda la humanidad y nosotros mismos dentro de nuestras fronteras.

Hemos reducido las horas de trabajo cuando en ver-

dad deberíamos aumentarlas, siguiendo el ejemplo de los que trabajan racionalmente sin cansarse.

He dicho muchas veces que deberíamos imitar al corazón, que trabaja racionalmente toda la vida sin pedir vacaciones. El corazón sabe darse su reposo, es decir, su descanso, su recreo. El corazón trabaja intensamente durante la sístole y reposa, vale decir, recrea su energía durante la diástole. La sístole —su trabajo— dura 3 octavos de segundo y, la diástole —el reposo—, dura 5 octavos de segundo. De este modo, el corazón trabaja durante el día 9 horas y descansa 15. Ese es el trabajo racional que deberíamos imitar para contribuir a resolver la escasez que nos agobia.

La escasez nos lleva por una rápida pendiente al racionamiento; a la producción en serie; a estimar más, la pequeña parcela que nos toca; a no desperdiciar el agua, la luz, los alimentos, las ropas y los vestidos; a limitar nuestras aspiraciones y estudiar bien a fondo nuestras posibilidades materiales, actuales y futuras.

Las leyes económicas deben estudiarse junto con el alfabeto, y si es posible antes. En el programa de la escuela elemental debe figurar la razón de *porqué trabajamos* y *porqué el conocimiento nos da poder*. Los fundamentos de nuestra organización económica deben figurar en el curriculum educacional, porque los fundamentos de la economía son rígidos e invariables y la libertad política sólo puede subsistir basada en la libertad económica.

Economizar es indispensable, esto quiere decir, que nos está prohibido gastar más de lo que producimos. La inflación no se produce por una maldición o por un hado maligno. La inflación es siempre la consecuencia

de una política desaprensiva o criminal. Es más inmoral desvalorizar el peso que acortarle centímetros al metro.

En nuestro empobrecimiento progresivo, que reduce poco a poco los privilegios, hemos asistido a la desaparición de los castillos feudales, de los palacios principescos, de las grandes casas solariegas, y asistimos hoy a la standarización de casas, de ropas, de zapatos, de comidas, de utensilios domésticos, de libros, de revistas, de periódicos. Todo para la masa, todo en serie.

La realidad va forzando al hombre a ser cada día más parco en sus ambiciones materiales y a aceptar las nuevas leyes de la convivencia a las que nos conduce el hacinamiento.

Pero no nos olvidemos del hombre y su destino. A pesar de todas las restricciones que las circunstancias imponen, el hombre conserva siempre, desde los tiempos más remotos, su tendencia a superarse, a ser siempre mejor, a construir el arco que ha de llegar al cielo. Para eso trabaja, sueña y aspira.

Trabaja y cuando no gasta todo lo que su trabajo le ha producido, acumula su trabajo en tierras, en frutos, en libros, en objetos diversos, en dinero, es decir, en capital. El hombre es así un capitalista congénito en toda la superficie de la tierra, desde el salvaje primitivo hasta el hombre más civilizado. Del capitalismo de los antiguos habitantes de nuestro planeta, especialmente de los egipcios y de los incas, hay pruebas concluyentes en todos los museos del mundo.

El capital es, pues, trabajo acumulado. Trabajo que sería ilógico destruir y más ilógico entregario a quien no lo ganó con su esfuerzo ni con su inteligencia. Hay, por lo tanto, un solo sistema económico en el mundo de hoy: *trabajar y capitalizar*. La única diferencia entre oc-

cidente y oriente es que, en occidente cada ciudadano capitaliza para sí y a su propio riesgo, cada uno es dueño de lo suyo: este es el *policapitalismo democrático*.

En Oriente, todos los ciudadanos entregan su trabajo al estado y el grupo tiránico de turno lo distribuye a su antojo. Nadie es dueño de lo que produce, todo es del grupo dirigente: este es el *monocapitalismo tiránico de estado*.

Entre estos dos sistemas que dividen al mundo, el *policapitalismo democrático* y el *monocapitalismo tiránico de estado*, es fácil elegir. Nosotros hemos elegido el *policapitalismo democrático*, en el que está implícita la libertad, la sociedad abierta, la competencia libre, la emulación permanente. Del otro lado, la sociedad cerrada, o mejor dicho, encerrada; el hombre esclavo que debe aceptar como único Dios al estado. Un dios sanguinario que usa el odio, la coerción y el paredón como únicos argumentos. Pero no hay que desesperar, nada antihumano puede perdurar. El *monocapitalismo tiránico* ya confiesa su fracaso e inicia precipitadamente su revisión a sólo 47 años de iniciado.

Por su parte, el *policapitalismo* está comprendiendo también sus errores y la revolución democrática está encaminando a la sociedad abierta por la senda que Pasteur le señaló en el siglo pasado. En efecto, Pasteur definió la democracia como "La forma de gobierno bajo la cual cada uno de los ciudadanos está en libertad de hacer cuanto puede por el bien personal y público". La humanización del *policapitalismo democrático* es ya un hecho que anuncia la revolución en libertad. Es lo que Maritain ha llamado el *humanismo económico*.

Así, por caminos racionales, llegaremos a lo que algunos llaman el *tercer mundo*, que no es en verdad, nada más que el primero, el primer mundo que creó Jesús con su doctrina.

La experiencia de toda la vida cristiana documenta, de manera fehaciente, que cuando se abandonan los carriles de la ley de Dios se hace imposible la convivencia. A esos carriles hay que volver y perseverar en el tremendo esfuerzo de imponer los principios rígidos del cristianismo que, en sólo diez mandamientos, supera los miles de leyes dictadas por los hombres. Pero no creáis que el mundo de Jesús, el de las encíclicas papales, nos ha de llegar como un regalo. Habrá que trabajar, trabajar fuerte y largo, con fe, con esperanza, con caridad.

Hay que mostrarles a los jóvenes el mundo tal cual es, exhibiendo los obstáculos que deben salvarse. Hay que decirles crudamente toda la verdad y prepararlos para la inmensa tarea que les aguarda, para estimular a los remisos y egoistas, para apaciguar a los sedientos y, sobre todo, *para crear un mundo de abundancia*.

Ya se ve claro en el horizonte histórico que el primer mundo, el mundo de Jesús, se acerca; pero se acerca muy lentamente. Se acerca lentamente porque el occidente se humaniza y oriente se liberaliza. Los jóvenes deben comprender esto y acelerar la marcha.

Desde muy pequeño oigo hablar de nuestros grandes destinos, pero es la verdad que hasta la fecha sólo he visto grandes deudas, grandes impuestos y pocas esperanzas. Nuestro gran destino de país potencialmente rico es mejorar nuestra gente con la educación para lograr, primero, un *mínimum* de bienestar para todos y, luego, extender ese bienestar a nuestros vecinos y a

todo el mundo. Así habremos cumplido la ley de Dios, que es nuestro gran destino.

Si hoy repartiéramos equitativamente todo lo que hay sobre la tierra entre los 3.000 millones de habitantes, tal vez nos tocaría a cada uno una, camisa, un par de medias, una sexta parte de una cama, una décima parte de una habitación, un tornillo de automóvil, la quinta parte de un tornillo de avión, una pequeñísima parte de un reloj, una página de un libro, media página de una revista, una décima parte de la página de un diario. Nos tocaría, además, un maestro para mil alumnos, un profesor para diez mil estudiantes y un sacerdote para trescientos mil feligreses. Tal es la escasez de nuestro mundo actual.

Cuando Rockefeller, el fundador de la familia, fue visitado por uno de sus compañeros de colegio, allá por el año 1890, ese compañero le explicó, después de una larga y pesada visita, que él se había hecho comunista. Rockefeller le replicó que él no entendía nada de doctrinas socioeconómicas: "Yo no sé más que trabajar y acumular el producto de mi trabajo para aumentar el bienestar personal y general". "Explícame qué es el comunismo". La explicación fue larga y tediosa. "Bien —le dijo al final Rockefeller—, creo haber comprendido: *cada uno de los que tiene un capital debe repartirlo*. La Dirección Impositiva me atribuye a mí un capital de 80 millones de dólares; como hay en Estados Unidos 80 millones de habitantes, a cada uno le corresponde un dólar: toma tu dolar y que Dios te ayude".

Si repartiéramos ahora, repartiríamos miseria y hambre. Hay que trabajar para repartir más, hay que producir más y para eso hacen falta educación, técnica y trabajo. Si en verdad creemos que todos los hombres

todo el mundo. Así habremos cumplido la ley de Dios, que es nuestro gran destino.

Si hoy repartiéramos equitativamente todo lo que hay sobre la tierra entre los 3.000 millones de habitantes, tal vez nos tocaría a cada uno una camisa, un par de medias, una sexta parte de una cama, una décima parte de una habitación, un tornillo de automóvil, la quinta parte de un tornillo de avión, una pequeñísima parte de un reloj, una página de un libro, media página de una revista, una décima parte de la página de un diario. Nos tocaría, además, un maestro para mil alumnos, un profesor para diez mil estudiantes y un sacerdote para trescientos mil feligreses. Tal es la escasez de nuestro mundo actual.

Cuando Rockefeller, el fundador de la familia, fue visitado por uno de sus compañeros de colegio, allá por el año 1890, ese compañero le explicó, después de una larga y pesada visita, que él se había hecho comunista. Rockefeller le replicó que él no entendía nada de doctrinas socioeconómicas: "Yo no sé más que trabajar y acumular el producto de mi trabajo para aumentar el bienestar personal y general". "Explicame qué es el comunismo". La explicación fue larga y tediosa. "Bien —le dijo al final Rockefeller—, creo haber comprendido: *cada uno de los que tiene un capital debe repartirlo*. La Dirección Impositiva me atribuye a mí un capital de 80 millones de dólares; como hay en Estados Unidos 80 millones de habitantes, a cada uno le corresponde un dólar: toma tu dolar y que Dios te ayude".

Si repartiéramos ahora, repartiríamos miseria y hambre. Hay que trabajar para repartir más, hay que producir más y para eso hacen falta educación, técnica y trabajo. Si en verdad creemos que todos los hombres

somos iguales, debemos propiciar la idea de que toda la raza humana debe aprovechar los beneficios de la civilización. Por eso los jóvenes deben aprender las bases de la economía para situarse en el problema nacional e internacional. Es indispensable un minimum de bienestar material para que florezca el espíritu. "Pri-mun vivere deinde philosophari".

Repetimos frecuentemente las palabras "progreso y desarrollo" como si fueran sinónimos. En verdad, en la palabra "progreso" hay un profundo sentido de perfeccionamiento *de más y mejor*. En la palabra "*desarrollo*", hay sólo una connotación matemática de cambio. Está vigente ahora la palabra desarrollo por la frecuencia con que se la utiliza en las organizaciones internacionales. De esas mismas organizaciones surge la denominación de países "desarrollados y subdesarrollados". Los países que tienen un alto ingreso nacional "per capita", son países desarrollados y el resto subdesarrollados.

Según nuestros economistas, la República Argentina, está repartiendo actualmente 1.400 millones de pesos entre los 22 millones de habitantes: menos de 5.000 pesos por habitantes y por mes. Esta es la realidad: miseria y subdesarrollo.

Deben saber los jóvenes que en el mundo hay una *pequeña vanguardia de economía moderna* y una *enorme retaguardia de economía primitiva*. Y, deben saber también, que cuanto más atrasada y numerosa sea la retaguardia de economía primitiva, más lento y más difícil será el progreso de cada país.

La retaguardia de economía primitiva debe ser promovida por el mejoramiento del material humano, por la educación, con el apoyo amplio de los países desarrollados, que deben limitar sus privilegios y contri-

buir rápidamente a la promoción de los países subdesarrollados.

Ya se oyen las voces de los más destacados economistas que, en las organizaciones internacionales, anuncian el nuevo orden moral: los países desarrollados deberán hacer lo mismo que los ciudadanos ricos de un país: deben pagar más impuestos que los pobres.

Los países ricos o desarrollados deberán evitar que el sentimiento de frustración que cunde en el mundo lleve a la desesperanza a los pueblos subdesarrollados. La desesperación es muy mala consejera. El desequilibrio del intercambio, que favorece a los países desarrollados, debe ser estudiado exhaustivamente y conjurado. Ese es un tema fundamental para que lo estudien y lo resuelvan los más jóvenes. No es un imposible.

Si la doctrina cristiana, después de 1965 años, está aún por ponerse en práctica, no podemos esperar otros dos mil años para ajustar un sistema económico injusto que limita nuestras posibilidades de educación, de salud y de asistencia social. Con las mejores cosechas, con las mejores proteínas animales, con una industria sostenida, con riquezas minerales cuantiosas, con un capital humano de grande calidad, estamos repartiendo miseria. Alguien se lleva nuestra riqueza. Repitiendo las cifras ya publicadas, entre otras fuentes por International Statistic Financial, debemos anotar cómo se deterioran los términos de nuestro intercambio y se benefician los consorcios internacionales. Esos consorcios se llevaron de Chile, en el año 1964, 463 millones de dólares; de Brasil 3.064 millones de dólares. De la Argentina, se llevan, año tras año, más de mil millones de dólares. Vender barato y comprar caro por precios internacionales distorsionados es, aún, el drama de los países subdesarrollados.

Nosotros sabemos que es imposible satisfacer el hambre y anular la frustración con explicaciones científicas, y, también sabemos, que el hambre y la frustración no promueven el bienestar social internacional.

La nueva doctrina social cristiana, anunciada por Kennedy en la Alianza para el Progreso, debe ponerse en marcha, y para eso se exigen estudios, proyectos y planes que los jóvenes deben afrontar. La vieja economía política ha sido orquestada por hombres y debe ser actualizada por hombres nuevos que hayan captado el clamor de la retaguardia de economía primitiva. Para eso, hay que estudiar e incorporar la tecnología moderna que no puede venir del cielo, debe venir de los países de economía moderna, en forma de inversiones que favorezcan y aceleren nuestra industrialización. Las naciones de economía moderna no pueden o no deben seguir compitiendo con los productos de los países de economía primitiva. Habrá que llegar a acuerdos y coordinar la economía universal para que cada país produzca, al menor costo, lo que en su clima y en su suelo fructifique mejor. Con la tecnología actual se puede demostrar que las naranjas pueden ser cosechadas también en la Antártida. Sería una demostración muy cara y, además, absolutamente inútil. Nuestro mundo, de angustiada escasez, no aplaude estos ensayos que, desgraciadamente, se repiten aquí y en otros países, sembrando en zonas marginales de escaso rendimiento.

Mientras nosotros y muchos otros países nos debatimos en la escasez y vivimos penosamente al día y sin esperanzas, la Rand Corporation de Santa Mónica, California, nos anuncia para los próximos 20 años, progresos verdaderamente asombrosos, de los que disfrutarán los jóvenes de hoy. Primero, el control de la fuerza de gravedad. La gravitación universal será controlada. Se-

gundo, la comunicación con seres extraterrestres. Tercero, la traducción directa de un idioma a cualquier otro. Cuarto, la lectura del pensamiento.

Nos anuncia, también, que la calculadora electrónica será reina; las unidades centrales de cálculo reducirán al mínimo el problema contable; el automatismo reducirá al 25 por ciento el trabajo individual y el trabajo doméstico; los lisiados tendrán prótesis electrónicas y los ciegos verán con radares individuales; la Luna será conquistada y las nubes serán transformadas en lluvia de acuerdo a las necesidades locales.

Son más de 70 las conquistas técnicas que el hombre logrará antes del año 2000 según la Rand Corporation. Entre esas conquistas cobran especial interés práctico las máquinas electrónicas para la enseñanza: "las teaching machines y las learning machines", que ya están en uso en Estados Unidos y en Europa.

Las experiencias realizadas, entre otros, por el profesor Skinner con sus máquinas, demuestran que un estudiante *puede reducir su tarea de un semestre a una semana*. No se asombren, nuestros viejos métodos son muy lentos. Sin máquinas electrónicas podríamos acelerar la primera etapa extendiendo los métodos de Cuisinaire y Calep Gategno. Hay que estimular a nuestros maestros y prepararlos para esta revolución docente.

Como ustedes imaginarán, nuestro mundo será dentro de 20 años muy diferente al mundo de hoy y hay que prepararse para incorporar a la marcha civilizadora al mayor número. Así cumpliremos la ley de Dios. La mejor lección, la perdurable, es siempre la del amor y la del ejemplo. El amor guiado por la razón y el ejemplo inspirado en el sacrificio y en la fe.

En el sacrificio y en la fe de Cristo, que dividió la historia definitivamente en dos mitades, separando el pasado del porvenir con sus brazos abiertos

Por eso dije, más de una vez, que los niños y los jóvenes argentinos no debían ignorar el sacrificio de la cruz, que es como ignorar lo más sublime de la historia humana; que ignorar al fundador de la caridad, que involucra el verdadero amor, es olvidar deliberadamente al reformador moral, que no ha sido igualado.

¶ Sostuvimos por eso, y seguimos sosteniendo, que *la escuela argentina no puede ser neutra, debe ser cristiana y enseñar la doctrina que nos honra*. Decimos enseñar, no decimos imponer. Aceptamos lo bueno del liberalismo, pero no aceptamos el jacobinismo destructor.

Que la escuela argentina no debe ser neutra lo exige no sólo nuestro origen y nuestra tradición, lo exige *la Constitución Nacional, que no es neutra*. La Constitución de la República, en su preámbulo, invoca la protección de Dios, fuente de toda razón y justicia. En su artículo 67 manda promover la conversión de los indios al catolicismo (*). En el artículo 76 exige, para ser elegido presidente, pertenecer a la comunión Católica, Apostólica y Romana. Y en otros 8 artículos documenta una fe religiosa profunda y sentida y da las bases de una sociedad religiosa abierta a todos los credos. *La Constitución argentina no es neutra.* ¶

Los americanos, con esa ingenuidad casi científica que los caracteriza, mandaron dos comisiones a la península Ibérica para averiguar porqué no había en España ni en Portugal delincuencia juvenil. La conclu-

(*) Poco más que indios son nuestros propios hijos librados a sus instintos primos y a sus pasiones.

sión surgió evidente: *había allí familia, hogar y religión*. Además, no estaban permitidas las películas "sexy", ni las revistas pornográficas, ni la lectura desintegradora. Desgraciadamente, eso ocurría hace tres años; ahora, con 14 millones de turistas por año, hay más riqueza y más inmoralidad juvenil.

La función educadora del hogar bien constituido y de la religión son las piedras básicas del edificio social. Es deber de los padres y maestros el enseñar a amar. El que ama triunfa siempre. Los vicios y anormalidades de la "nueva ola" son la consecuencia directa de los errores de la "vieja ola". Como dijo Guillermo Valencia, el poeta colombiano, el niño y el adolescente "en un nido de amor será paloma, en nido de dolor será serpiente".

Además, como en todos los países civilizados, los individuos que recibieron una buena educación son los que obtienen mayores ingresos y enriquecen, al mismo tiempo, a su propio país ya que la riqueza pública de un país no es más que la suma de la riqueza de cada uno de sus habitantes. Por eso y porque la economía es base de la vida, debe enseñarse, y enseñarse con conciencia social para que encaje exactamente en la justicia. El capital debe ser respetado porque es el resultado del trabajo, pero no puede ser tolerado como fuerza de opresión nacional ni internacional. Debemos oponer al *monocapitalismo tiránico de estado, el policapitalismo democrático*, que hace de cada ciudadano el dueño de su propio destino, a su propio riesgo y en plena libertad.

Se repite habitualmente que el progreso material, la prosperidad, conducen a un materialismo pernicioso. No lo creo así, y la historia del mundo dice claramen-



te que los hombres, en su ansia de superación, pasaron de la caza y la pesca a la agricultura, después al comercio, luego a la industria, y recién después a las letras y a las artes. Es muy noble que el hombre aspire a un mínimo de bienestar y que alcance así dignidad humana; ese bienestar lo hace más libre, y siendo libre no depende de la gracia de sus semejantes ni de la siempre morosa ayuda del estado. Por eso ponemos el énfasis en la economía y propiciamos el conocimiento preciso de las bases económicas, para que cada uno de los ciudadanos conozca bien los fundamentos de su propio bienestar que no puede estar librado al antojo de un pequeño grupo.

Entre los factores más asequibles de la promoción económica debe destacarse en la escuela el extraordinario valor de la forestación. Por las condiciones particulares de nuestro clima y de nuestro suelo, la República Argentina deberá ser en un futuro próximo la que satisfaga *el hambre de madera* que sufre el mundo. Plantar árboles es la forma más retributiva del ahorro. Por eso hemos repetido tantas veces: "con el árbol que plantas se agranda la Patria".

Por eso también, al fijar hace 18 años las metas de la escuela argentina, dijimos: "cada ciudadano debe aspirar a ser dueño de un pedazo del suelo y de un pedazo de cielo de su patria. Dueño en lo material de un pedazo de suelo para fecundarlo con su trabajo y embellecerlo con su inteligencia. Dueño en lo espiritual de un pedazo de cielo en el que quepan todas sus ansias de perfección moral.

Conclusiones:

La enseñanza actual no sirve a los fines de la promoción social. Hay que reformarla.

37 (82) 1965 (09)
(82) 37 1965 (04)

Primero, es urgente reformar los planes de la escuela normal y de la escuela de profesores de enseñanza secundaria, adaptándolos a las necesidades de la hora actual y al futuro próximo; segundo, los maestros y profesores deben formarse con conciencia social y religiosa; tercero, es urgentísimo extender las técnicas modernas de alfabetización y de enseñanza de las matemáticas; cuarto, es indispensable colmar el vacío entre la escuela primaria y secundaria; quinto, es urgentísimo actualizar los planes de educación secundaria y técnica; sexto, es necesario organizar el turismo escolar con sentido docente en todo el ámbito de la República, para que los jóvenes conozcan personalmente la inmensa riqueza potencial de nuestro país.
